

de nuestro tiempo. Sin dejar de haber masa no habría «masificación». Sobre estas comunidades vitales, insiste Guilleaume, se puede construir un derecho electoral, unas formas públicas de vida que resuelvan los problemas que no han sabido resolver los tres principios clásicos desde los cuales se ha buscado la igualdad.

E. T. G.

HESNARD, Dr. A. : *Morale sans péché*, Presses Universitaires de France, París, 1954, 172 págs.

Un libro que escribe no un moralista, sino un psiquiatra, «sin ninguna preocupación ideológica». Con lo cual está dicho que se trata de algo así como de hacer una moral a base de medicina. En el fondo, eso es lo que termina reconociendo toda esta exposición, pero en la creencia de que únicamente ese camino es el que puede llevar a la creación de una auténtica moral. Como lugar de ingreso en esa moral se elige el pecado. Se trata de un lugar polémico a partir de donde llamar a cita las ideologías tradicionales que han pretendido servir de asiento a la ética y en función del cual mostrar su fracaso. Para conseguirlo con facilidad se empieza por utilizar el término pecado en un sentido laico, medicinal. Se le piensa como una cualidad morbosa, tanto como una cualidad ética. Y a una «moral del pecado», concebido en estos términos, se la define como mítica, torturadora, artificial, abstracta y de doctrina, a la que se contraponen una «moral vivida, del acto, moral concreta», donde no se toleren focos de reserva, mundos egocéntricos, «desvinculados de la acción».

Así las cosas, la tarea del autor se cifra en dos extremos: en señalar el fracaso hasta el presente de una auténtica moral de la vida, y en apuntar la esperanza y las condiciones de su futura realización. El desarrollo del primer punto le conduce a mostrar las razones de semejante fracaso, atribuyéndolo al hecho de haber sido siempre «condenada la naturaleza en nombre de una cierta Naturaleza abstracta, con lo que se pierde de vista el fin auténtico de la moral: la acción por el hombre» (pág. 25). El fundamento de ese presunto desvío se pone en las formas de enajenación que ha venido padeciendo el hombre, los diversos ideales a que ha servido en la historia, que no han hecho otra cosa que vaciarle de sí mismo. En el hueco así hecho en la vida se ha aposentado la conciencia pecaminosa, genio a la reserva, agresivo y negador. A construir esta conciencia contribuyeron por igual —se nos dice— el miedo a la trasgresión de una ley divina y las distintas formas secularizadas en que esa misma actitud se manifiesta, formas todas residuales de aninismos míticos. Frente a todo esto, se intenta «desplazar el acento de las preocupaciones morales contrarias a la acción para colocarlas sobre el acto realizado, es decir, el acto por el hombre» (pág. 60). Lo que se pretende, pues, es liberar al hombre de sus prevenciones y reservas e insertarle con plena espontaneidad en la vida. «La moral concreta no se funda, se



hace» (pág. 148). Se le quiere redimir de su estado de enajenación y entregarle al pleno cumplimiento de sí mismo, sin cauciones ni miedos aprensivos. Se procede a construir una moral *sans démon ni tabou*, conformadora de una espiritualidad sana, apetente de un hombre liberado, de franca entrega a la vida y amor a los hombres. El autor hasta cree recoger con ello lo mejor del mensaje moral primitivo-cristiano; cierto que un poco a lo Rousseau, más primitivo que cristiano, donde reinara por naturaleza la bondad y por credo el amor. Una bondad que tenga por canon a los instintos, y un amor que se defina como «respeto a la vida» (pág. 109).

Eso viene a ser el libro, más que el desarrollo de una doctrina, la proclamación de un credo. Sin duda su actitud es inaceptable pese al bondadoso humanismo que respira; pero es interesante su lección, por cuanto en su desarrollo queda bien cifrada una inquietud muy de nuestra hora junto con una aspiración apaciguadora sintomática. Jugando a una ética más allá, o mejor más acá, de todas las éticas, aboca a un resultado-hombre más allá, mejor también más acá, de todos los hombres. Su empeño cae dentro de los cultivos «situacionales» de la moral de tantos modos acusado en la literatura del presente, y cuyo peligro para cuanto signifique valor legítimo tantas veces se ha subrayado. Un hombre exclusivamente del hombre acabará siendo «demasiado humano». Y una ética al servicio de ese «demasiado humano» encalla indefectiblemente en psicofisiologías, en asunto de psiquiatras o de biólogos. Por huir de la «moralina» se abandona de raíz la moral. Quede, pues, bien señalado el aspecto negativo de este libro, que procede más a modo de ensayo en compromiso con la literatura que de desarrollo doctrinal en misión científica. Empezando por ser escrito por quien se declara médico y no moralista, concluye siendo un estudio de la enfermedad o salud biológica, pero en juego constante al equívoco, por servirse para ello de terminología moral. Con esta indicación en cuenta, bien puede permitírsele que hable de una «Moral sin pecado», ya que en el fondo lo que dice tiene bien poco que ver con la moral y absolutamente nada con el pecado.

S. ALVAREZ TURIENZO

LECLERCQ, Jacques: *Les droits et les devoirs individuels. Leçons de Droit Naturel, IV*. Louvain, 1955.

«En el fondo de toda literatura hay una filosofía», nos dice Taine en su *Historia de la Literatura inglesa*. La adhesión o la desaprobación de una filosofía determinada se encuentra en el corazón mismo de toda cuestión decisiva de Derecho. Y «en toda cuestión política hay, en realidad, una tesis teológica», afirma nuestro Donoso Cortés.

En esta cuestión de los derechos y deberes de la personalidad humana hay no solamente un enorme conflicto histórico, sino, sobre todo, una filosofía y una teología que es preciso aceptar o rechazar; y yo